
La Mucuy
Crónicas

Miguel A. Jaimes N.

Con prólogo de Ramón Palomares

2014

A Lucía Gabriela y a un caballo azul que se vive en La Mucuy.

PRÓLOGO

Igual que todo escritor tiene usted hábitos como ese de esperar a que su trabajo madure antes de publicarse algo que también se manifiesta en las que dice consultas entre sus amigos entendidos. Así se manifiesta en esta amorosa y diversa relación que nos ofrece en lo que usted mismo llama *Crónicas de La Mucuy*, un libro amable y afectuoso que su trabajo ha creado, recreado y recogido en distintos recuerdos y vivencias de especial belleza y dignidad, Amor de paisaje natural y humano, que se revela en el sueño de sus imágenes y la generosa abundancia en que vertidas en su sensibilidad y afectuosa disposición que expresa esa memoria, que se entrega gustosa en su discurrir placentero y gozoso. Aparte de la honestidad y claro homenaje al lugar y los sucesos propuestos cabe destacar en este libro su escritura propiamente dicha— y como intencionalmente oscurecida—, una innegable maestría que corre sin trabas hacia una auténtica atmósfera de Poesía que realza su hermoso contenido como que invita a su lectura calma y paciente para disfrutar en su totalidad para la música fluyente del conjunto. Y bien, así fuimos por esa tierra de árboles y caminos, la red que espeja esa imaginación toda hecha de sombras, sitios y quehaceres que se acomodan en las evocaciones de su autor por ese entorno diverso cuya melancolía corre junto a su envés, el tejido imposible y remoto que alegres criaturas dulcifican. Y allí familiares y amigos, sus quejidos y apuros desandan los borrosos pasillos donde duermen. Vengan aquí abuelas y matronas, buscadores de entierros, niños asombrados y fantasmas, salten de sus atmósferas en el teatro de una imaginación vívida y nostálgica, la Poesía ha llegado al rescate.

Ramón Palomares.

Fecha 26-07-2014

CRONICAS DE LA MUCUY

CAÑA

Bernardo Pérez era hermano del abuelo Nicolás, habitante de una casa de bahareque con techo de caña brava adosado con tejas de barro cocidas en las estufas de Doña Alcira. Todas aquellas paredes eran de tapias pisadas con restos de quebradas rocas las cuales habían sido arrastradas por amansadas recuas que halaban un tablón llevado hasta los patios de dorar el café; allí eran partidas a punta de fuertes mandarriazos y unidas a una mezcla de monte picado para confeccionar los adobes que serían frisados con tierra revuelta en bosta de vaca jóvenes, pintados a pura cal preparada en jugo de cactus, sal y limones ácidos del solar de Doña Eloísa.

A Humberto —quien vivía en casa de Doña Ana— le gustaba tomar a diario caña clara revuelta con aguardiente. Cuando lo hacía afirmaba que hablaba con los espíritus de sus antepasados y salvaba su borrachera cavando unos hoyos donde había aparecido aquella recordada luz azul, confirmación para creyentes afortunados que ahí estaban los entierros de tantas décadas.

Eran las morocotas enterradas del tacaño Don Emiliano; las había guardado con tanto celo que aún no se habían hecho encontrar. Por la mañana se topaban con Humberto dentro de tremendos agujeros y su abuela, Doña Elodia, al sacarlo con mucho esfuerzo dentro de aquellas excavaciones unía sabanas zurcidas con pedazos de muchas telas que se volaban con el viento, mientras Humberto afirmaba que el castigo del fuego venía a cobrárselas por no haber encontrado una vez más las monedas perdidas las cuales, por poderes mágicos, se movían en un baúl por debajo de la tierra.

Ante tanto sacrificio, la abuela lo azotaba con capullos de hojas de maíz, mientras pedía a Don Juan de la Borrachera alejarlo de la bendita caña que había llegado a estos lugares a puro hacerles daño a las gentes y lo cual era culpa del trapiche de Don Ignacio.

Todo —mientras una joven solía soñar a la luz de la luna y al brillo de las estrellas— trayendo ante sus ojos la suma de sus miradas dando protección al valle corto que es La Mucuy.

Índice

Prólogo de Ramón Palomares

Caña

Castor

Azafate

Armas

Fría

Grillos

Navidad

Nacimiento

Gemínidas

Lobo

Maruza

Plenilunio

Morocotas

Historias

Nevisca

Enanos

Quimeras

Tiempos

Oruga

Abuela

Mandado

Sicigia

Hierbas

Mistela

Viñetas

Llorona

Flores

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Domingo

Fresa

Despedida

Truenos

Ombligo
Recuerdos
Caramelos
Vacas
Manzano
Galgo
Escuela
Doscientos
Cuatro
Remembranzas
Estefanía
Polanco
Zaguán
Mirando
Pañuelo
Cabo
Uñas
Sal
Fogón
Luceros
Ramas
Arca
Capricornio
Arcada
Curruchete
Lloviznas
Batea
Funeral
Mariana
Mecedora
Botiquín
Fragua
Baldosas
Mercado
Amigos
Díctamo
Fajeros
Montes
Retablos
Mujeres
Noria

Pañetes
Antier
Félix
Taza
Pléyades
Altar
Arboles
Agua
Cabuyas
Dudas
Hechicería
Moclón
Recetas
Puyas
Entreverao
Pondrón
Artesones
Estantillos
Pasteles
Barbarita
Cinco
Videntes
Germinados
Luces
Hermes
Muro
Bahareque
Caminos
Aurora
Libertador
Musarañas
Abuelo
Ofrenda
Familia
Aires
Alcira
Suelos
Amigos
Cochada
Mostaza
Panela

Seis
Vargas
Elodia
Eloísa
Camino
Aparecidos
Juana
Carballo
Muditas
Maldonado
Undivar
Yerbateros
Juanete
Lagar
Fardo
Gruesa
Milla
Libras
Arrobas
Fanega
Legua
Medidas
Arrobas
Quintal
Trescientos
Ruma
Pinta
Galón
Terca
Arrobar
Cuenta
Centavos
Historias
Duendes
Herradura